

Un vaso nunca es un vaso

Un vaso es un recipiente, es lo que contiene. Es un vaso de Whisky, canchero, ancho, chanco, con hielo, tintineante. Es un vaso de vino alcohólico, sobre la mesa de un bar de cuarta, mástil del que se aferra un borracho tempestuoso. Es un vasito de caña, de ginebra, un Glup ardiente. Es un vaso de agua para reponernos de algo. Se dice: con agua. Pero es de agua. Es el agua que tiene y es también lo que no tiene. Es un vaso vacío: una cosa que espera la oportunidad de ser colmada, de servir, de tener sentido. Es un vaso vacío en algún otro lado, que exige ser puesto en su lugar correspondiente. O es un vaso con otros vasos esperando que lleguen visitas.

Un vaso es el lugar en el que está, por ejemplo, la alfombra, volcado, adormecido por los efectos de la fiesta. También es un edecán parado sobre la mesita de luz, junto el enfermo. Y en el baño es un farmacéutico. Y tirado al aire libre es una barbaridad de gente desaprensiva con el cuidado de los espacios públicos.

A veces, un vaso es un recuerdo de otros vasos, de otro juego. Un sobreviviente jubilado, clase pasiva en el viejo aparador o ex combatiente destinado a cumplir misiones sin prestigio.

Un vaso es el vaso que cada uno imagina, que es mucho más que un vaso. Es un vasito descartable, muy descartable de color resignado. Es un vaso alto transpirando frescura publicitaria de deseos paradisiacos.

Es un colorido gorrito de cumpleaños infantil, gorrito dado vuelta. Es un vaso irrompible, seguro alarde de la practicidad tecnológica, hasta que se rompe volviéndose una sorpresa.

Un vaso es una lente que nos permite ver las cosas más deformadas, haciéndonos creer que después las vemos tal cual son y no tal cual las vemos simplemente. Un vaso es un frío. Con el borde cascado un peligro, una incitación al suicidio.

También es una boca que aguarda el beso de otras bocas. Es una copa estirada que se siente de otra clase. Es una taza que pertenece a otro mundo. Es un balde para el caballo. Es una prueba de circo angustiante en las manitos de un nene. Es el cristal que lo hace fino o el plástico que lo abarata. Es un conjunto de moléculas unido por una minuciosidad olvidada, una pieza arqueológica que cuenta su versión de una cultura, otra estructura superada por el uso, otra industria de la repetición, una fuente de recursos que permite comprar cosas para poner adentro de otros vasos, una necesidad que vimos en oferta acá la vuelta, un delicado problema de embalaje, un medidor de torpeza en el lavado, un regalo de bodas, acaso un infinito que holgadamente nos supera.

Un vaso nunca es un vaso. Es la palabra vaso, sus letras, su sonido. Es una voz que dijo “vaso”, alguna vez... y lo sigue diciendo en cada vaso. Hasta puede ser la prueba de

cuantas personas se reunieron allí, esa fatídica noche. O nada ¿vaso? ¿Qué vaso?
Un vaso nunca es n vaso. Y esto se puede comprobar haciendo el intento de encontrarse
con exactamente un vaso y nada más que un vaso.
Tampoco será un vaso será un misterio.

Por Carlos Abrebaya